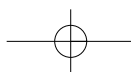
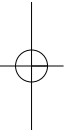
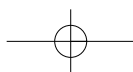
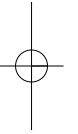
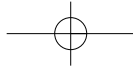


PRIMERA PARTE

Estudios introductorios





I. El hombre y el medio: geografía, historia y economía en Huguet del Villar*

Ricardo Robledo (Universidad de Salamanca)

«Limpiar minas para exportar el mineral, y rozar montes para extender el miserable cultivo cereal sin ganado que proporcione los estiércoles dando por resultado final el desertizado, es trabajar para destruir el valor ecético de la Península».¹

Del cultivo del autodidactismo suele florecer la mediocridad o el aislamiento; Emilio Huguet del Villar evitó ambos efectos, sobre todo el primero. Su obra superó en originalidad a la de muchos contemporáneos que disertaban con prodigalidad sobre el medio natural o la historia, a menudo con grandilocuencia. Pero, además, cuando se cumple cerca de un siglo de alguna de sus publicaciones, cobran nueva vida sus hipótesis e intuiciones, que se movían entre la geografía, la economía y la historia. Presentaré primero los rasgos biográficos, dando cuenta de los principales libros de cada etapa, para exponer luego los trabajos que le permitieron 'armar' el libro de *El valor geográfico*; me referiré después a dos o tres puntos en torno a la relación hombre-medio y al margen de actuación que Huguet le concedía al reformismo social. Finalmente haré una breve valoración del libro según el contexto sociopolítico del momento y la personalidad del autor.

I.1. Bibliografía

Hay dos rasgos que sobresalen en la peculiar biografía de Emilio Huguet del Villar; su extraordinaria obra científica, realizada fuera de la Universidad, y la marginación oficial después de la guerra civil. Esta doble exclusión, la de buena parte de la comunidad científica española y la de la sociedad civil, explica el relativo olvido de Huguet del Villar y justifica sobradamente la reedición del libro publicado en 1921. Un tercer elemento explica la persistencia de la ignorancia en el ancho mundo de los historiadores y economistas. La fragmenta-

(*) Investigación financiada a cargo del Proyecto del Ministerio de Educación y Ciencia, I+D, HUM 2007-62276/HIST. Agradezco las indicaciones de Vicente Donoso y Vicente Forcadell.

1. Huguet del Villar (1921), pp. 256-257.

ción del saber universitario, cuando resulta idiotizado por la superespecialización, influye en que la recuperación que hace algún tiempo se ha realizado de la obra de Huguet del Villar no supere el recinto aislado de los geógrafos, naturalistas y edafólogos.²

Emilio Huguet del Villar y Serratacó³ nació en Granollers en 1871 dentro de una familia acomodada; realizó los estudios de bachillerato durante 1880-85 y con el título de bachiller, que facultaba para la docencia en enseñanza primaria, emigró a América de Sur, donde fue profesor de historia y geografía («incluso de geografía americana»), según precisa el resumen biográfico de la Enciclopedia Espasa. Al renunciar a la carrera universitaria –seguramente por la orientación *literaria* que él percibía en la enseñanza de la geografía– tomaba una decisión que iba a favorecer la libertad que concede el autodidactismo con el coste de la marginación académica española.

Desde 1900, en que regresó a Europa, hasta 1913 simultaneó sus estudios de investigación geográfica, histórica y de ciencias naturales con el periodismo literario, siendo director o redactor jefe de varios periódicos y colaborando asiduamente en otros como *La Lectura*, *Nuevo Mundo*, *La Ilustración Española y Americana*, *Estudio*, etc. A partir de 1914 abandonó prácticamente la labor periodística «para consagrarse exclusivamente a la labor científica, concretándose cada vez más en la geobotánica y materias con ella conexas».⁴

Con el título de miembro de la Real Sociedad Geográfica presentó la ponencia sobre «El factor geográfico en América» al Congreso Internacional de Expansión Comercial de Barcelona en 1914⁵ y a principios del año siguiente ingresó en la Real Sociedad Española de Historia Natural, lo que podría haberle proporcionado cobertura para respaldar sus investigaciones, por ejemplo, las efectuadas sobre el glaciario de la sierra de Gredos que demostraban por primera vez la presencia del glaciario cuaternario en la Cordillera Central. No logró sin embargo la acogida esperada en la comunidad de naturalistas de Madrid sino que fue más bien atacado, ignorado y tratado como intruso.⁶ La alternativa institucional a la Real Sociedad Española de Historia Natural se consiguió en 1919 en la Sociedad Ibérica de Ciencias Naturales con sede en Zaragoza. Huguet del Villar, que vivía habitualmente en Madrid, tomó la iniciativa de fundar una sección en Madrid y contó para ello con el apoyo del botánico y oceanógrafo Odón de Buen. Esta sección se convirtió en refugio de quienes por unas u otras razones se habían enemistado con los sectores dirigentes de la historia natural oficial, pero a pesar de los esfuerzos por dinamizar la asociación no llegó a representar el cauce adecuado para dar a conocer sus trabajos, muy centrados ya en la ecología vegetal.⁷ *El valor geográfico de España*, cuyo prólogo firma en agosto de 1920, es la obra más importante de esta etapa.

El tercer intento por lograr una cierta profesionalización, que la ausencia de título universitario dificultaba, fue ensayado en Cataluña. Allí se encontró con el apoyo que le brindaba el botánico Font i Quer, con quien había mantenido desde 1915 una relación que se inten-

2. Cada una de las especialidades de Huguet ha sido objeto de monografías específicas; la geografía (junto con la biografía del autor) ha sido analizada por Martí Henneberg (1984); también, Estrada (1981). La geobotánica, o la ecología vegetal, Casado (1997) y la edafología por Sunyer (1996); abundantes referencias también en Casals (1996).

3. Martí Henneberg (1984), pp. 20-21; *Enciclopedia* (1929), pp. 1481-1482. Huguet, como colaborador habitual de la *Enciclopedia*, debió suministrar los datos para la biografía. En la lista de redactores de 1923 (España, Tomo XXI) figura como «naturalista y geógrafo».

4. *Enciclopedia* (1929), p. 1481.

5. Huguet del Villar (1915).

6. Casado (1997), p. 285.

7. *Ibidem*, p. 290.

sificó cuando Huguet hizo pública en enero de 1922 una carta en la que mostraba su indignación por la concesión de la cátedra de botánica de la Facultad de Farmacia a un joven «imberbe e inexperto» en vez de a Font i Quer. Consideró además la conducta del tribunal un ultraje a Cataluña por no tener en cuenta gran parte de los trabajos de Font i Quer escritos en catalán. La carta dirigida a Puig i Cadafalch y publicada en catalán en *La Revista* en enero de 1923 supone un reconocimiento del catalanismo político del que antes había sido adversario por entender que la vida científica «necesita d'agrupacions humanes i d'instruments idiomàtics de la major extensió possible; mes el nou atemptat de la facultad de Farmacia (...) m'ha vingut a demostrar que l'agrupació humana espanyola d'idioma castellà, o quan menys en sa representació oficial, ha perdut ço mes fonamental de las condicions per a tal finalitat». Huguet hacía pública fe de catalanismo político como medio de librarse de una acción embrutecedora.⁸

En estas circunstancias Huguet del Villar estaba en buenas condiciones para que Font i Quer le ofreciese hacerse cargo de la Sección de Fitogeografía del Museu de Ciències Naturals de Barcelona en mayo de 1923. Aceptado el cargo de regente de Fitogeografía, su breve paso por el Museu le sirvió sin embargo para establecer contactos internacionales, primero como su delegado en la sesión internacional de Geografía Botánica en Suiza en el verano de 1923 y al año siguiente en el Cuarto Congreso Internacional de la Ciencia del Suelo en Roma. Las razones de su breve estancia en el Museu de Barcelona, apenas un año, se atribuyen a la decepción de no contar con la ayuda prometida para la investigación o al rechazo de sus exigencias de residir en Madrid para completar un trabajo sobre la vegetación en Castilla.⁹ En cualquier caso, a esta altura del relato, se puede pensar que también el carácter de Huguet del Villar, su tenaz independencia de criterio, dificultó la estabilidad de sus colaboraciones con otros colegas españoles. El título del libro de *Geobotánica*, publicado por editorial Labor en 1929, da razón cumplida de las principales investigaciones de estos años.

El reconocimiento institucional que se le hurtaba en España lo consiguió internacionalmente Huguet en el campo de la ciencia del suelo, de la edafología, uno de sus neologismos que hoy siguen aceptándose. Fue en efecto en el Congreso Internacional sobre la Ciencia del Suelo, cuando se decidió la creación de la Asociación Internacional de la Ciencia del Suelo, en la que tomó parte activa Huguet. Organizó a partir de 1926 la sección española y se encargó de confeccionar el mapa de España dentro del proyecto europeo de mapa de suelos. La buena reputación que fue adquiriendo dentro de la Asociación Internacional hizo que fuera nombrado Presidente de la Subcomisión de Suelos Mediterráneos, cargo que le abrió definitivamente las puertas de las revistas extranjeras y le permitió dedicarse al estudio de los suelos de África del Norte.¹⁰

Huguet de Villar consiguió finalmente en 1927, cerca de los 60 años, una vinculación institucional estable, durante cinco años, como Especialista en Edafología y Geobotánica dentro del Instituto Nacional de Investigaciones y Experiencias Agrícolas y Forestales con sede en

8. Estrada (1981), p. 23. Huguet mantenía con el catalanismo una posición crítica. Dada su opción germanófila y anti-francesa defendía en 1919 la «restitución de la provincia catalana del Rosellón que Francia se anexó por conquista militar», pero al mismo tiempo criticaba al catalanismo de la barretina, la sardana y *Els Segadors*: «El catalanismo que empezó por ser un hermoso levantamiento de un pueblo trabajador contra el parasitismo centralista, está hoy tan necesitado de regeneración, como la política general española», Huguet del Villar (1918), pp. 164 y 171.

9. Martí Henneberg (1984), pp. 150-151.

10. *Ibidem*, pp. 155-156 y 169; Sunyer Martín (1996), pp. 413-422.

Madrid, dirigido por Octavio Elorrieta y cuyo secretario técnico fue el propio Huguet.¹¹ Pudo contar así con facilidades económicas y técnicas para llevar a cabo las investigaciones que le convierten en el introductor de la ciencia del suelo en España con un prestigio internacional indiscutido, como se demostró en diversas reuniones internacionales. En diciembre de 1932 renunció a este cargo debido a diversos reajustes económicos y administrativos que supusieron, entre otras cosas, la sustitución de Elorrieta, fundador y valedor de Huguet. Colaboró luego con el Instituto Mediterráneo de Suelos, que contaba con el apoyo de la Generalitat de Catalunya, y con el Institut Català de Sòls, aunque no por no mucho tiempo, pues según Huguet del Villar la muerte de Macià en diciembre de 1933 dejó sin efecto el Instituto Mediterráneo de Suelos por él propuesto.¹²

La llegada de la guerra civil supuso una etapa de graves dificultades, paliadas en parte por el apoyo de su discípulo J. Cuatrecasas, director del Jardín Botánico de Madrid, que le permitió seguir investigando en los suelos del norte de África hasta 1939. *Los Suelos de la Península Lusó-Ibérica*, publicado en 1937, es la obra que sintetiza la labor de Huguet en materia de suelos hasta aquel momento. Finalizada la guerra inició los trámites para volver a España. Elorrieta, director del Instituto Forestal, era su principal valedor entonces, pero sin duda fueron más fuertes otro tipo de presiones. Huguet nos relata su llegada al Madrid de la posguerra con el surrealismo de la víctima convertida en culpable tan propio de aquella época:

...Al llegar a Madrid el 9 de septiembre de 1939 me encontré con mi casa (Lista 64, 3º der.) ocupada por un comisario de Policía que, con la complicidad del propietario, había resuelto el entonces difícil problema de la vivienda, apropiándose de la mía con todo su contenido... no solamente mis muebles, ropas, enseres... sino una rica biblioteca científica, con multitud de obras caras y colecciones de muchos años de revistas españolas y extranjeras, material de laboratorio... herbario, colección de suelos, y mi archivo científico de cuadernos de apuntes y ficheros, mapas (inéditos en parte), fotografías y dibujos producto de 26 años de viajes y estudios por España y el Extranjero...¹³

Por más intentos que realizó Elorrieta, Secretario General Técnico del Ministerio de Agricultura, para incorporar a Huguet al Instituto Forestal nada se consiguió, excepto salvar los restos de la biblioteca y destrozado archivo como asignados al Instituto Forestal.¹⁴ Finalizada la segunda guerra mundial, y promulgado el Fuero de los Españoles, según documenta Martí Henneberg, Huguet creyó ingenuamente que había llegado el momento de acabar con el «desaguisado falangista» y solicitar la restitución de sus bienes y el castigo de los culpables. Y así lo intentó en carta al Gobierno Español con copia al Conde de Barcelona, en parte extrac-

11. Gómez Mendoza, (1992), pp. 174-178. Como secretario general y técnico de la Comisión de Edafología y Geobotánica firma en marzo de 1927 su publicación *La reacción del suelo en España* (Ministerio de Fomento, Dirección General de Agricultura y Montes). Las tensiones corporativas entre ingenieros de montes y agrónomos y la reorganización administrativa que hizo posible la incorporación de Huguet (pero también los problemas que tuvo más tarde) se exponen en Casals (1996), pp. 317-333 y 366.

12. Huguet de Villar (1937), p. 7. Para las diversas vicisitudes del Instituto y los conflictos entre instituciones, Sunyer (1996), pp. 435-446.

13. Martí Henneberg (1984), p. 214.

14. No sabemos si aparte de la influencia de Elorrieta, la de su amigo y colega Arturo Caballero –juez instructor de gran protagonismo en la depuración universitaria; véase Claret (2006)– evitó males mayores; en el Archivo Histórico, Sección Guerra Civil de Salamanca no se guarda ningún expediente de Huguet como masón o con antecedentes político-sociales.

tada arriba; llegó incluso a escribir en septiembre de 1945 en *L'Espagne Republicaine* editada en Toulouse un artículo –que se edita por primera vez como anexo de este libro– contra «la barbarie falangista» donde se llamaba a la solidaridad con los intelectuales españoles perseguidos por la «España fascista». Si esto no constituía la mejor carta de presentación para las autoridades franquistas, las discrepancias y críticas que Huguet había efectuado a la obra de J. Albareda, impulsor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y a la vez su secretario general, tuvieron que influir para que no se contara con él ni personal ni científicamente.¹⁵

Su decisión de no asentarse en España –«la ciencia no puede florecer más que en los países con libertad intelectual y económica», había escrito en 1940 a su principal discípulo Cuatrecasas–¹⁶ sólo se interrumpió ocasionalmente para dar alguna conferencia. Su trabajo científico estuvo totalmente centrado en el Norte de África y falleció en Rabat en 1951.

De este resumen se podría sacar la impresión de una vida que sólo muy tarde y en el ámbito internacional de la edafología obtuvo reconocimiento. Sin embargo, cuando publicó *El valor geográfico*, Huguet del Villar gozaba de un reconocimiento aún más significativo por cuanto se había conseguido sin contar con cátedra universitaria o de Instituto. Además de los libros de divulgación sobre *Las Repúblicas Hispanoamericanas* (1906) y la *América Sajona* (1910) publicados en la editorial Calpe, Huguet había colaborado en *La Lectura* en 1909, la revista de Madrid que se distinguía por el rigor con el que se trataban los temas literarios, artísticos y políticos. Valga decir que en los números en que colaboró Huguet lo hicieron la Condesa de Pardo Bazán, Juan R. Jiménez, A. Buylla, Antonio Machado o G. Papini (y Flores de Lemus publicó poco después *Algunos datos estadísticos sobre el estado actual de la economía española*¹⁷). Una gran parte del libro que estamos presentando se publicó en varios números de la revista *Estudio*, vinculada al Foment del Treball Nacional, institución bien representativa de la política y cultura catalanas. Nuestro autor –como miembro de la Real Sociedad Geográfica de Madrid– participó con una ponencia (en francés) en el VIII Congreso de Expansión Comercial de Barcelona, organizado por la Sociedad Internacional para el Fomento de la Enseñanza Mercantil y en el que participaron, entre otros, R. Altamira, J. Cascón, B. Argentine, G. Graell, Azorín... No olvidemos, por otra parte, que era redactor de la Enciclopedia Espasa y que figura desde los primeros números de la *Revista Nacional de Economía* entre sus «colaboradores» como perteneciente al *Archivo Geográfico*, publicación de la que era autor y editor.

Tan importante o más que el currículum de este autodidacta (que tuvo que costearse alguna de sus publicaciones) es exponer aunque sea muy brevemente algún rasgo de su ideología o de su visión del mundo, pues así se entenderá mejor *El valor geográfico*. Él se proclamó partidario de «las ideas liberales y republicanas», si bien su liberalismo no era precisamente el de Maura o el Conde de Romanones, «síntesis como hombre público de todos los pecados de nuestra política».¹⁸ Para Huguet, el liberalismo era ante todo instrucción: «un ciudadano ignorante no puede ser nunca un buen ciudadano. Los ciudadanos ignorantes y pobres no son más que carne de urna electoral».¹⁹ Por eso la ciencia –«que enseña al hombre a conocerse a sí mismo, a conocer el medio físico en que ha de desarrollarse... el medio so-

15. Sánchez Ron en Casado (1997), p. 438; Sunyer (1996), p. 447.

16. Martí Henneberg (1984), p. 185.

17. El artículo de Flores, publicado en *The Times*, se reproduce con algunas variantes a partir del número de noviembre de 1914 en *La Lectura*.

18. Huguet del Villar (1918), pp. 128 y 152.

19. Huguet del Villar (1909), p. 14.

cial de que él mismo forma parte»— era la que debía inspirar el verdadero criterio moral y no a la inversa, pues en tal caso la moralidad sería «obediencia a los opresores, resignación ante los males».²⁰ En estos artículos de *La Lectura* polemiza con Ramiro de Maeztu, convertido en censor de Huguét por haber expuesto el origen bárbaro y violento de las leyes; según Maeztu «la ley no es la expresión arbitraria de los fuertes sino de la defensa social»; Huguét sin embargo consideraba las leyes como una 'superestructura' y no como obra desinteresada en pro de la felicidad de los demás.

Esta ideología que hoy llamaríamos progresista, sobre todo si le añadimos la afinidad de Huguét con el georgismo, encaja mal con el planteamiento del expansionismo económico (no militar) en Marruecos al que se dedica un capítulo del libro. Los artículos hasta ahora no consultados de la *Revista Nacional de Economía* en 1919-1920, es decir, cuando se está redactando *El valor geográfico*, permiten matizar las primeras impresiones. Huguét tenía en cuenta dos factores, el factor geográfico y el esfuerzo humano; los pueblos que suman mayor esfuerzo necesitan más factor geográfico, necesitan «áreas de expansión», y se atreve incluso a asignar km² de territorio afroasiático en función del crecimiento demográfico de los países europeos.²¹ Sin duda se nota el eco de las teorías de Ratzel²², pero hay algo más.

Ante la correlación de fuerzas presentes en Versalles, Huguét del Villar se muestra especialmente beligerante con el Tratado de paz, un «crimen contra la paz», que había desequilibrado aún más el mundo, de acuerdo con una interpretación de la Gran Guerra que no se aleja mucho de las teorías del imperialismo expuestas por Hobson o Lenin. Le preocupa especialmente «un poder tan colosal como el de EEUU», al que convendría poner coto en la Liga de Naciones, «pues no es prudente para los fines de la civilización dejarlo que siga desarrollándose en manos de políticos retóricos al servicio de los más empedernidos egoísmos».²³ No quedaba más remedio que, provisionalmente, luchar por la revisión del Tratado de Versalles y proceder a un reparto más justo del que también debería salir beneficiada España.

«Esto es dentro de un sistema egoísta, contrario a la moral universal de los repartos coloniales, pues preferible a todo sería la libertad de los países en estado de gobernarse a sí mismos, y para los propiamente coloniales, la internacionalización. Así se pondría fin a la monstruosidad de las grandes potencias coloniales y a las guerras que tienen por bases esta clase de ambiciones».²⁴

Es decir, en sintonía según su apreciación con los socialistas ingleses, había que tender al fin del colonialismo, pero mientras subsistiera la situación que él denominaba de «economía de guerra», no había otra opción que evitar el excesivo engrandecimiento de las potencias vencedoras. A tal fin intervino en la arena política creando en 1918 «centros de acción» de la Federación Cívica Española para reorientar la política exterior española en un sentido crítico con los puntos de Wilson, y al año siguiente recogió firmas para apoyar un Manifiesto enviado a la Conferencia de paz de Versalles para que se respetase la integridad de Alemania. No podemos pasar por alto esto último: una de las razones que respaldaban esta estrategia era su predilección proalemana, con el sesgo marcado hacia su desarrollo científico:

20. *Ibidem*, p. 159.

21. Huguét del Villar (1919a), p. 62.

22. «La civilización no puede permanecer limitada por mucho tiempo a un territorio angosto y a un único pueblo»; para «la lucha por el espacio» de Ratzel, Capel (1981), pp. 289-293.

23. Huguét del Villar (1919b), p. 287.

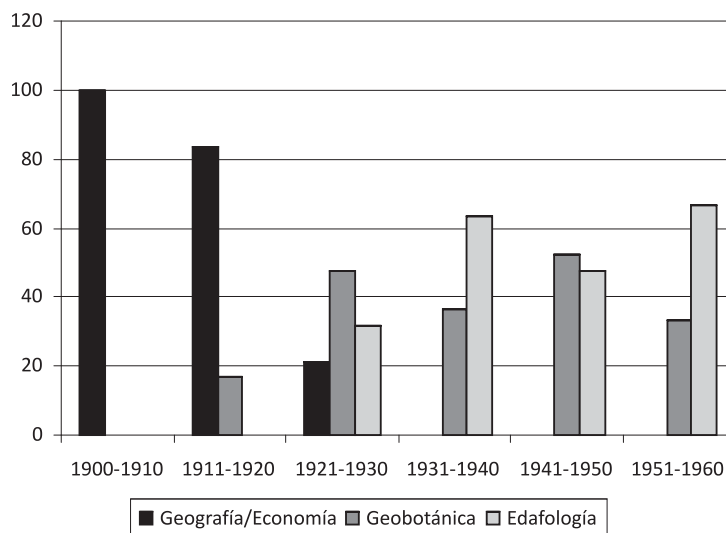
24. Huguét del Villar (1920), p. 484.

«mientras Alemania sea la primera potencia científica del mundo, la civilización ha de ser germanófila y la germanofobia será barbarie». Para Huguet, Alemania era «la patria de Kant y de Carlos Marx»²⁵ y no la de Hindenburg.

I.2. Cómo se armó *El valor geográfico*

El libro que ahora se reedita significa la culminación del periodo de investigación dedicado a la geografía, en un sentido amplio, pues cabe incluir la economía o la historia; por lo que sabemos, también significa el fin de la participación política, pues no tenemos constancia de que estuviera implicado en campañas ciudadanas después de 1921. Desde entonces, la investigación en geografía pierde representación en beneficio de la geobotánica y de la edafología, siendo la última la que representa dos terceras partes de la investigación en la última etapa, aunque conviene matizar que nunca fueron campos que funcionaran como compartimentos estancos. El siguiente gráfico ilustra la distribución de las cerca de 100 publicaciones censadas por décadas, salvo en el último periodo donde se incluyen las póstumas.

Gráfico 3.1. Peso relativo de telares y contribuyentes de la industria de tejidos de punto en la provincia de Barcelona en relación con España, 1918



Fuente: Basado en Martí Henneberg (1984: 227-233) y datos propios.²⁶

25. Huguet del Villar (1918), pp. 8, 158 y 180.

26. Se incluyen los artículos publicados en *Revista Nacional de Economía*, (1919a), (1919b) y (1920), que hasta ahora no se han tenido en cuenta y que Huguet no citó, quizá porque abandonó el campo de investigación de la geografía social después de 1921. Debo al profesor José Miguel Fernández Pérez el conocimiento de los mismos.

El valor geográfico, que tenía la intención de «ser asequible al gran público», era pues una obra de madurez que recogía diversas publicaciones de los últimos años que conviene reseñar. De los doce capítulos del libro, los seis primeros correspondían, con diversa reelaboración, a artículos publicados en la revista *Estudio*, que estaba vinculada a la *Societat d'Estudis Economics*, aspecto que merece un breve comentario.

Estudio, *Revista mensual de artes, ciencia y literatura* nació en enero de 1913 pues faltaba «una Revista donde poder insertar monografías de carácter científico, artístico y literario, que abarquen y reflejen nuestras orientaciones en toda su complejidad». Guillermo Graell, Presidente honorario de la *Societat d'Estudis Economics* (SEE) honraba la publicación con su retrato y con el discurso «La acción económica» que había leído en octubre de 1907, el año de la fundación de la *Societat*, con sede y financiación en el Foment del Treball Nacional desde 1909. Entre los principales fines de la asociación –nacida a partir de la Cátedra de Economía Política de G. Graell dentro l'Institut d'Estudis Catalans– estaban la creación de una política económica que contemplase el estado español en su conjunto, la difusión de los problemas económicos y sociales y la defensa del «realismo económico».²⁷

Fue pues en *Estudio*, revista que puede considerarse de alta divulgación por los temas y sus colaboradores, dirigida por Aureli Ras, presidente de la SEE, donde Huguet publicó a lo largo de 1914 la parte más importante de *El valor geográfico*.²⁸ Los cuatro primeros capítulos del libro vieron la luz en los números 16-19 (abril-julio de 1914) bajo el título «El factor geográfico y el gran problema de España». Las principales diferencias con lo publicado en 1921, aparte de la actualización de datos y la ausencia de alusiones a la contienda mundial, es que no utiliza el concepto de ecética (habla del valor potencial del factor humano o del factor geográfico), y salva el pesimismo del dilema español –«abandonarse al fatalismo o emigrar»–²⁹ mediante el recurso al progreso tecnológico, que en el libro de 1921 queda tapado por la desilusión postbélica. Añadamos también la declaración contundente de su georgismo y de sus límites reformistas, a lo que más adelante nos referiremos.

En los números 21-22 de *Estudio* (septiembre-octubre de 1914) publicó «La población de América del siglo XVIII al XX», que fue utilizada, junto con los datos publicados en *Las Repúblicas Hispanoamericanas*,³⁰ para apoyar las estimaciones demográficas relativas a los países hispanoamericanos (capítulos 5 y 6). La ponencia presentada al Congreso Internacional de Expansión Comercial le sirvió para difundir las ideas y datos de estas publicaciones y para exponer por primera vez el neologismo del valor ecético, como una relación de habitabilidad, resultado de la interacción entre el factor geográfico y el factor humano.³¹

Entre las cualidades que hacen consistente la obra de Huguet está el recurso a las fuentes estadísticas y el uso que hace de las mismas. Esto nos obliga a exponer las características del *Archivo Geográfico de la Península Ibérica*. Hay que destacar dos cosas, la primera, que fue una obra a iniciativa de Huguet y, según los datos de que se dispone, costeada por él mismo. Estaba previsto

27. Sellés (2000), pp. 117-118.

28. En los primeros números solían escribir María de Maeztu, Dantín Cereceda, C. Montoliu, y el mismo G. Graell; entre los economistas lo hicieron F. Bernis y Rodríguez Mata... La sección de reseñas dio cuenta de alguna obra de Wicksteed y también del libro de A. Marvaud (1913) con una amplia reseña (número 7; véase más adelante nota 23).

29. Huguet del Villar (1914a), nº 19, p. 40.

30. La información había sido conseguida a partir de fuentes de primera mano; al inicio del primer tomo de *Las Repúblicas hispanoamericanas* Huguet agradece los datos que le habían suministrado representantes de alta cualificación (cónsul, diplomático...) de países americanos que residían en Madrid o en París.

31. Huguet del Villar (1915), p. 717.

publicar un tomo al año, pero no salió ninguno más (pese a su anuncio en *El valor geográfico* de la reanudación en 1922). Estamos ante una más de las víctimas de la inflación de costes derivada de la primera guerra mundial (encarecimiento del papel y demás gastos de la empresa) pero en el fracaso de este proyecto intervino también según sus palabras «el limitado público que en este país tienen las obras científicas y la escasa o nula protección que encuentran en el mundo oficial».

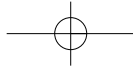
El segundo aspecto es el de la importancia para el historiador económico de este libro, ausente en buena parte de las bibliotecas universitarias españolas. En descargo de la ignorancia, cabe la excusa de que el título no hace justicia al contenido. Huguet del Villar editaba el *Archivo Geográfico de la Península Ibérica* para «mantener al día el conocimiento geográfico de esta porción de Europa. Este fin sólo puede obtenerse con una publicación periódica; pues los tratados aislados envejecen cada vez más rápidamente». Si hoy se reeditara, el lector se encontraría con un contenido que se aproxima mucho, salvando las distancias, al de las *Estadísticas históricas de la producción agraria española* publicadas por el Grupo de Estudios de Historia Rural, pues de sus 255 páginas la mitad están dedicadas a comentar críticamente las fuentes oficiales de la Junta Consultiva Agronómica complementándolas con otras (por ejemplo, *Comisión para el estudio de la producción y consumo de trigo*) de modo que corrige los datos oficiales de la producción rural española y de la ganadería; además, extracta información de artículos publicados en revistas especializadas o de memorias oficiales de difícil acceso convirtiéndose sin duda en una obra de referencia, todavía desconocida, de la historia agraria española.

Gracias a este impresionante dominio de las estadísticas disponibles hasta la primera guerra mundial (y también de la literatura de los ingenieros agrónomos) se puede fundamentar el discurso de los capítulos 7 y 8, dedicados al factor geográfico y a la historia agraria. Puesto que algunos de los tópicos criticados por Huguet aún circulan en la historia económica española, el lector hará bien en detenerse en esos capítulos para sopesar su consistencia, asunto al que se refieren Garrabou y Tello en su capítulo. El conocimiento estadístico le permite sustentar igualmente los dos capítulos siguientes, que desarrollan la historia de la minería y de la energía, y la historia industrial y del comercio. Este es un aspecto que conviene resaltar, la fidelidad crítica a las fuentes cuantitativas, herramienta habitual en la historia económica. Puesto que a menudo se recurre a la comparación del caso español con otros países de Europa o de América, no puede uno por menos que sorprenderse del manejo de las estadísticas internacionales o españolas.³²

Y todo este dominio de la bibliografía, recordémoslo, efectuado fuera de la Universidad o de la cátedra de instituto. Pero tanto o más que la erudición estadística importa llamar la atención sobre el buen uso de la misma. Destacaré dos aspectos en los que creo estaría bien se fijaran los cultivadores incontinentes de métodos cuantitativos: la necesidad de deducir la filosofía de la observación y no a la inversa cuando «se seleccionan hechos para acomodarlos a ideas preconcebidas»; el otro, es el cuidado para hacer deducciones –hoy diríamos regresiones– a partir de datos dudosos o de conceptos no bien definidos.³³

32. Instituto Internacional de Agricultura de Roma, *Official Year Book of the Commonwealth of Australia*, *Verein für die Bergbaumlichen Interessen*, *Almanaque de Gotha*, etc. De las españolas, la *Estadística Minera de España*, las *Estadísticas de Comercio Exterior*, Junta Consultiva Agronómica, etc. Llama la atención igualmente el manejo de las estadísticas demográficas de América Latina: Censo de Revilla-Gigedo, *Memoria rural del Río de la Plata*, Azara, Humboldt...

33. No es posible extenderse en estos temas en los que un científico percibía las debilidades de la sociología y pedagogía del momento y que había publicado en *La Lectura*. Señalemos su afirmación «Ni la estadística judicial revela el grado de moralidad ni la estadística escolar expresa la cultura de un país»; en el primer caso, por ejemplo, desconfiaba con razón de las estadísticas de la administración de justicia que no incluían los delitos electorales, la estafa en la alimentación y otros delitos propios del orden establecido. Huguet del Villar (1909).



Puesto que el último capítulo de *El valor geográfico* es una brevísima conclusión (donde Hugué había vertido las reflexiones de años atrás, si bien condicionadas por el influjo negativo del ambiente de la posguerra,³⁴ sólo queda referirse al capítulo anterior, el undécimo, en el que se aborda el tema con más referencias políticas, el de la expansión colonial. Hugué había dedicado varios artículos a la cuestión de Marruecos planteando en 1906 algo muy distinto a los ideales de conquista o dominación, «un ideal de expansión comercial, de aumento de nuestros bienes y nuestras fuerzas naturales».³⁵ En el libro *Política exterior de España: África y el Estrecho* publicado en 1918 se recogían dos artículos publicados años atrás, en 1912-1913, junto con otros escritos al calor de lo que se estaba ventilando al final de la primera guerra mundial, de rotunda afirmación germanófila frente al «imperialismo plutocrático» de la Entente.

En *El valor geográfico*, publicado cuando ya se había firmado el Tratado de Versalles, Hugué no hace afirmaciones políticas proalemanas del estilo de las escritas en noviembre de 1918 y se centra en el terreno de los prejuicios antigeográficos, anticoloniales, que cuestionan la expansión en Marruecos. Para ello, se aparta de la «locuacidad pseudocultural» de tipo hispanista³⁶ –que ve el porvenir de España en América– y apuesta por la expansión colonial en Marruecos;³⁷ esto le permitiría ensanchar el factor geográfico para ampliar su oferta de productos agrícolas mediterráneos, proveerse de algodón e, incluso, favorecer la corriente migratoria de españoles. Hugué del Villar alude de pasada a Malthus para referirse a las masas humanas que se disputan el espacio³⁸ –esa era su interpretación de la Gran Guerra, deudora de la teoría de Ratzel–³⁹ y así defender con nuevos argumentos sus tesis de años atrás:

«Siendo España poco habitable y superando por consiguiente el desarrollo vegetativo de la población a la capacidad económica del país, España necesita, ante todo y por encima de todo, más territorio. Sólo así podría evitar la emigración y aprovechar toda su potencia étnica».⁴⁰

El libro de *El valor geográfico* es un libro de madurez, no sólo porque se escribiera a los 50 años, sino porque incorporaba estudios pertenecientes, sobre todo, a la segunda década del siglo, revisados y reelaborados. Como él mismo afirmó: «el libro actual es la expresión completa y sintética de todo el conjunto de la doctrina desde entonces elaborada y aplicada a nuestro país».⁴¹ Es preciso indicar tan sólo que, además de los volúmenes del *Archivo Geográfico* que no pudo publicar, tampoco apareció la obra *Introducción a la Fitogeografía sinecológica de la Península Ibérica* que cita como referencia en su libro.

34. Hugué del Villar (1914a), n° 19, pp. 30-41.

35. Martí Henneberg (1984), pp. 54-56.

36. Hugué del Villar (1921), p. 291.

37. Hugué del Villar (1919a; 1919b).

38. Hugué del Villar (1921), p. 290.

39. «La humanidad en la inconsciencia de su actividad general, lucha por el espacio, lo mismo que las especies animales y lo mismo que las plantas en sus formaciones. Los hechos demuestran que el móvil de esta lucha no es otro que apoderarse de más factor geográfico, o sustraerlo a la acción del pueblo rival o privar a este de los medios de explotarlo», Hugué del Villar (1921), p. 289.

40. Hugué del Villar (1914a), n° 19, p. 41.

41. Hugué del Villar (1921), p. 6.

1.3. «El gran problema de España»: ¿naturaleza o sociedad?

Huguet publica *El valor geográfico* como cierre de una etapa dedicada a la investigación en geografía social, próxima a la economía y a la historia. Fue Ramón Perpiñá el primero que recuperó a Huguet del Villar al reconocerlo (junto a Dantín Cereceda) como el precursor y fundador del concepto de infraestructura; pero dada la orientación ideológica del momento –la infraestructura llegaba a ser hasta el sustrato de «la cultura religiosa-teológica» en una España donde «[el sol] ciertamente amaneció ya [...] iluminando fecundamente a todo Hogar y al Hogar nacional»–⁴² la aportación de Huguet resultaba desfigurada; de hecho, en 1939 había dedicado su libro con gran efusividad al Caudillo.⁴³ Esto pudo corregirse parcialmente cuando en 1956 Velarde publicó en la *Revista de Economía Política*, en la sección de «Estudios y Documentos de Economía Española», un extracto de los cuatro artículos de Huguet aparecidos en la revista *Estudio* en 1914, aproximadamente la cuarta parte de su contenido. Velarde resaltaba la importancia de Huguet para conocer «la base natural» de España, «un país que poco tiene que agradecer a la Naturaleza», más o menos en la línea de *Los males de la patria* de Mallada, aunque no se le citara.⁴⁴

Es indudable que aquella recuperación temprana de Huguet (luego olvidada) no hacía justicia a su originalidad y a la complejidad de su concepto de *ecética*, que no significaba la simple sobrevaloración de lo geográfico sino la relación del hombre con el medio teniendo siempre en cuenta «el estado cultural de los hombres», es decir, de la tecnología.⁴⁵ La edición de *El valor geográfico* permite comprobar el acierto de su autor en muchos de sus razonamientos. Cualquiera que esté más o menos familiarizado con la caja de herramientas del economista comprobará, a título de ejemplo y con las debidas cautelas (pues no se trata de traspasar mecánicamente unos y otros conceptos), que la noción de economías de aglomeración avala su hipótesis de «reconcentración urbana» o de la importancia del *hinterland*;⁴⁶ igualmente, hoy denominaríamos ventajas dinámicas que desencadenan efectos de *catch up* a la «acción propulsora del óptimo» o «efecto propulsor» de Huguet;⁴⁷ el «efecto suctor» (cuando es la metrópoli la principal beneficiada) se aproximaría a la tesis del imperialismo o al modelo de dominación colonial. Que no basta que una verdad sea técnicamente posible para convertirse en realidad geográfica⁴⁸ lo suscribiría, sin necesidad de remontarnos a Marx o a Mumford, cualquiera que valore la innovación tecnológica como una construcción social. No he encontrado mejor concepto que el de *path dependence* para explicar cómo la política económica y el impulso de la demanda marcaron la senda de una determinada especialización de la agricultura española.⁴⁹

42. Perpiñá (1952), pp. 90-92 y 97.

43. Perpiñá se defendía del «relativo» sentido pesimista de su libro con la cita de Jose Antonio: «quiero a España porque no me gusta». Archivo de Palacio, fondo Archivo de Burgos, legajo 113, referencia que debo a Francisco Espinosa.

44. Huguet del Villar (1956); la introducción de Velarde, en pp. 208-210. Se volvió a publicar en Velarde (1969), pp. 10-12 y 82-98.

45. Huguet del Villar (1921), p. 61.

46. *Ibidem*, p. 287.

47. *Ibidem*, p. 225.

48. *Ibidem*, p. 216.

49. Cuando el progreso moderno fue haciendo posible el gran comercio y la especialización, el proceso de cerealiación –impulsado también por las exportaciones harineras a las Antillas– estaba ya en España demasiado avanzado para que el labrador pudiera volverse atrás. Robledo (2004), p. 802. Véase también la interpretación de la desigualdad española en la edad moderna que plantea Huguet del Villar (1921), p. 274.

En fin, no me resisto a exponer la ironía de Huguet mostrando al Conde de Romanones las diferencias entre balanza comercial y balanza por cuenta corriente:

«No es comprensible que un hombre que, además de ser varias veces jefe de Gobierno, es persona de grandes negocios, pueda ignorar que el intercambio entre los países no se hace sólo entre mercancías para saldar la diferencia en dinero, sino que en el fenómeno intervienen además otros muchos valores económicos, como acciones, dividendos, fletes, etc., etc.»⁵⁰

La recuperación de Huguet en los años sesenta del siglo pasado lo fue principalmente por su aportación al tema de la decadencia de España, con el que había iniciado en 1914 sus artículos y al que dedica las primeras páginas del capítulo primero de *El valor geográfico*. De hecho, cuando Velarde rescata a Huguet en 1956 lo hace junto a un texto de Bermúdez Cañete sobre la decadencia económica de España, una variante del concepto de atraso que ha sido objeto permanente de atención por la historiografía española.

Aparentemente escribir sobre «el gran problema de España», como tituló Huguet en 1914 su primer artículo, tenía el peligro de perderse en el laberinto del «alma española» y de las interpretaciones psicologistas o literarias de Unamuno, Ganivet y otros escritores del 98. Huguet se desmarcaba de inmediato de «los hispanistas metafísicos (religiosos o ateos)» por querer atribuir hechos económicos a ideas filosóficas sin fundamento alguno. Pero también se distanciaba de los arbitristas del pasado o de la reciente sociología. Buen conocedor de la cultura alemana, es muy posible que conociera el libro de Max Weber sobre *La ética protestante y los orígenes del capitalismo* (1905), al que no hace alusión alguna, aunque indirectamente resulte incluido en sus críticas sobre los filósofos y sociólogos que desdeñaban el factor geográfico frente al influjo idealista.

Alguien podría interpretar el énfasis de Huguet en la preponderancia que concede al «valor geográfico» como una muestra de fundamentalismo geográfico. En otros contemporáneos sí podría ser cierta esta imputación, por ejemplo en Ortega y Gasset, en su famosa interpretación de la tierra andaluza, «una tierra grasa, ubérrima, que con mínimo esfuerzo da espléndidos frutos» invitando así a la indolencia de los naturales.⁵¹ En sentido contrario al de la holgazanería de los andaluces, tampoco estaría muy alejada de esa interpretación la idea del geógrafo-naturalista Dantín Cereceda, que, en la misma revista en la que colaboraba Huguet, había elucubrado sobre la responsabilidad del páramo de Castilla, con su rudeza de clima, en la espiritualidad de los castellanos.⁵²

A lo largo del libro no encontrará el lector este tipo de inferencias simplistas y mecanicistas, al contrario: el hombre no puede cruzarse de brazos ante la desventaja geográfica de

50. Huguet del Villar (1920), p. 481. Frente a tanta medianía de economistas españoles que llenan páginas de enciclopedias, este artículo, que yo sepa, nunca se ha leído, igual que otros que permanecen desconocidos, por ejemplo «Cómo una gran exportación puede ser una gran ruina», en el que Huguet precisa los efectos negativos de un comercio exterior basado en bienes de escaso valor añadido.

51. «La famosa holgazanería del andaluz es precisamente la fórmula de su cultura (...) En vez de aumentar el haber, disminuye el debe; en vez de esforzarse para vivir, vive para no esforzarse, hace de la evitación del esfuerzo principio de su existencia (...) Es indecible cuánta fruición extrae el andaluz de su clima, de su cielo, de sus mañanitas azules, de sus crepúsculos dorados», Ortega ([1927] 1983), vol. VI.

52. «Quizá no es su rigidez moral más que un efecto del clima y de la lucha constante con el medio en que vive. La contemplación de los vastos horizontes que le ofrecen sus llanuras, ha despertado en él la convicción de un más allá y arraigado en su espíritu ideas religiosas...», Dantín Cereceda (1914), pp. 74-75.

España;⁵³ ni tampoco hallará las relativas a las teorías de la decadencia española atribuida a la ausencia de «capitalismo» –«por falta del genio de empresa, la afición por el comercio y la industria», como diría Bermúdez Cañete⁵⁴ o a la aversión al trabajo. Huguét dedicó un párrafo memorable a esta interpretación:

«Nada más pueril que pretender explicar la famosa decadencia de España porque los españoles no fueran aficionados al trabajo o lo creyeran deshonroso. Precisamente en este país es donde se ha visto largo tiempo trabajar a los necesitados con afán más heroico por tres míseros reales y un gazpacho».⁵⁵

En un momento de «fanatismo patriótico» como era el de la posguerra Huguét demostraba con una lógica implacable que la explicación racista era inapropiada tanto en el tiempo como en el espacio: ¿cómo España era pueblo superior en los siglos XV-XVI e inferior después? ¿por qué el español es inferior en España pero tiene tanta aptitud en Argentina? ¿cómo explicar que una raza fuera superior o inferior en periodos de tiempo tan breves?⁵⁶

En la actualidad, cuando estamos más o menos familiarizados con las ideas del mestizaje e hibridación de culturas, con el multiculturalismo, no resulta tan llamativo que Huguét del Villar se refiriera a la ausencia de razas puras, a la labor histórica de continuos mestizajes y en consecuencia a la dificultad de establecer relaciones apropiadas entre antropología y psicología, pero en el entorno de la Gran Guerra, cuando crecía la audiencia del racismo, del darwinismo social o del psicologismo de las masas, es comprensible el escaso eco de la obra de Huguét cuando advertía que el olvido del factor geográfico conducía a opiniones «*disparatadas*» sobre la decadencia y engrandecimiento de los pueblos.⁵⁷

El error de sociólogos y políticos era pues el desdén del valor geográfico sin que hubiera que hacer dilema excluyente de la relación hombre-medio. Huguét estaba lejos de cualquier fatalismo; del mismo modo que era inútil recurrir «a los desacreditados tópicos del clima agradable o estimulante, o de la mera topografía...»,⁵⁸ era la acción humana la principal responsable de que el bosque mediterráneo se hubiera sustituido por matorrales o tomillares, una opinión disonante para la academia. En pocas palabras Huguét se distanciaba de la teoría dominante que consideraba a España el lugar donde se habían desarrollado las estepas como un tipo de vegetación especial: «por muchos respeto y veneración que nos infunda Willkormm, se hace preciso emprender la corrección de su obra».⁵⁹

Emilio Huguét enumeraba los páramos y cerros de la meseta Norte, «en otro tiempo cubiertos de tupidos enebrales», que, al igual que otros muchos de la Meseta Sur, cuenca del Ebro, Levante y Andalucía, «no representan el tipo de vegetación originaria del país, sino que son áreas (inmensas y cada vez mayores) *desertizadas* por el hombre, en muchos casos con objeto de cultivarlas».⁶⁰ Lo que se había calificado como estepa no representaba en grandes exten-

53. Huguét del Villar (1921), p. 233.

54. Bermúdez Cañete (1956), p. 249.

55. Huguét del Villar (1921), pp. 274-275.

56. *Ibidem*, p. 14.

57. Huguét del Villar (1910), p. 347: «en lugar de deducir una filosofía de la observación, los que han abordado el problema han ido precisamente a buscar la solución en las doctrinas que previamente profesaban», Huguét del Villar (1921), pp. 9-10.

58. Huguét del Villar (1921), p. 32.

59. *Ibidem*, p. 187.

60. *Ibidem*, pp. 188-189.

siones un estado natural sino una degeneración del monte, «terreno arrasado por el hombre para procurarse leña y para cultivarlo». El autor de *El valor geográfico* no hacía referencia explícita en estas críticas a Reyes Prosper, que siguiendo la senda del botánico Willkomm (1821-1895) había escrito en 1915 *Las estepas de España*, un libro publicado «a expensas de la Casa Real» y del que había hecho una crítica favorable en *Archivo Geográfico*.⁶¹ Ahora, sin embargo, aunque fuera de modo elíptico, Reyes era criticado a través de la pantalla de Willkomm, «que describió mucho más de lo que vió». Cuando poco después, en 1925, publique el *Avance geobotánico sobre la pretendida estepa central de España*, la crítica había dejado de ser indirecta para convertirse en un ataque frontal tal como indica el título.⁶² E. Reyes, que había sido catedrático de la facultad de Ciencias, era descalificado severamente por un bachiller por alejarse del movimiento científico angloamericano.

Huguet no caía, como hemos dicho antes, en el fundamentalismo geográfico pues reconocía el influjo del factor humano, de la historia y de la vida social,⁶³ pero es indudable que señalaba claramente las restricciones del factor geográfico a tal influjo y por tanto desconfiaba del voluntarismo de algunos reformistas agrarios, por ejemplo Canalejas, que pensaba que podrían igualarse los rendimientos españoles con los de Bélgica obviando el clima o el suelo («el suelo se hace», decía). Tan distante o más de esta opinión, incomprensible para un edafólogo, lo estaba de la creencia sobre el inmenso potencial agrario español que permanecía inculto, según Marvaud, cerca del 50 % del territorio nacional.⁶⁴ Estas afirmaciones u otras similares alimentaron la retórica de los programas políticos sobre la necesaria «sustracción a la mano muerta de los inmensos territorios que mantiene incultos y la colonización de los enormes desiertos en que se interrumpe el suelo nacional», retórica reformista que se acentuó después de 1917, especialmente al inicio de la Segunda República.⁶⁵

Aunque no compartiera tales opiniones, Huguet era un reformista social que se había enfrentado a Ramiro de Maeztu hacía años con declaraciones poco convencionales sobre el orden establecido,⁶⁶ era un georgista partidario de la «socialización de la propiedad».⁶⁷ Años atrás, en la publicación de la revista *Estudio* había efectuado una declaración más explícita de fe en el georgismo:

«El labrador es necesario porque sin él no hay agricultura. El Estado es necesario, porque sin sus ingresos no habría servicios públicos. Pero el propietario ocioso cobrando su renta, ningún beneficio trae a la colectividad. Suprimámoslo, nacionalizando la tierra o aplicando el impuesto único. En los países donde el trigo da 22 quintales mé-

61. Huguet del Villar (1916), p. 127.

62. Para la influencia de la tesis de Huguet sobre «las pretendidas estepas», Gómez Mendoza (1992), pp. 176-178. Tanto esta autora, como Martí Henneberg (1984), Casals (1996), Casado (1997), Sunyer (1996) recogen con diversas variantes la polémica.

63. Huguet del Villar (1921), p. 125.

64. Marvaud ([1910] 1975), pp. 302-303; debido a esta escasa utilidad España tenía menos del 30 % de trabajadores agrícolas frente al 53 % de Francia (*sic*). También, en la reseña que se hizo de su libro *L'Espagne au XXe siècle* (1913) en *Estudio*, nº 7, 1914, «un 48 %, aproximadamente, del territorio nacional continúa inculto», p. 157. Huguet ironiza sobre este tipo de afirmaciones en *El valor geográfico*, p. 200, nota 1.

65. La cita corresponde al programa del partido radical socialista en 1931; Robledo (2007), p. 105. Pertenecían al partido Álvaro de Albornoz, Marcelino Domingo y Ramón Feced, que tuvieron a su cargo la ejecución de la reforma agraria en el primer bienio republicano.

66. «Las leyes dejan por defender la dignidad y los medios de vida de los desheredados y esta deficiencia de las leyes es causa determinante de ciertos delitos...», Huguet del Villar (1909), pp. 21-22.

67. Huguet del Villar (1921), p. 214.

tricos por hectárea, pueden sostener este lujo de unos terratenientes inactivos y ricos. Pero en España la tierra no da más que para el productor y la colectividad».⁶⁸

Sin embargo Huguet del Villar era escéptico con que la eliminación de la renta fuera la panacea, «pues si en todos los países se suprimiera el parásito, volvería a manifestarse la inferioridad de España»,⁶⁹ es decir, no creía mucho en los efectos dinámicos de una redistribución de la renta para el desarrollo económico. Y en *El valor geográfico* excluía de la expropiación, por su reserva de factor geográfico, nada menos que a «los propietarios de los montes de caza y de recreo», los culpables tradicionales del atraso español para cualquier reformista agrario.⁷⁰

Con esta clase de afirmaciones Huguet marcaba su propio territorio reformista de contornos más bien reducidos. ¿Era el egoísmo de los propietarios que despoblaban los campos para dedicarlos a terrenos de caza el responsable de la emigración a América? Huguet podía haber ofrecido ejemplos castellanos –aireados por la prensa, el Parlamento y por los intelectuales– para ilustrar aquellos casos de *acumulación primitiva del capital* a los que me he referido más de una vez, pero optó por situar el fenómeno en Irlanda y en las tierras altas de Escocia alegando que la alta Escocia no tenía ya las condiciones agrícolas de la baja Inglaterra pues en caso contrario no se hubiera podido hacer.⁷¹ Algún lector podría decir que Huguet estaba exculpando a los propietarios por no cumplir 'la función social de la propiedad' en su intento de hacer comprensible la opción del *Lord* por la finca de recreo...

El 'diálogo' que Huguet entabla con José Cascón, al que denomina «el eminente agrónomo» y con quien había coincidido en Barcelona en el Congreso Internacional de 1914, ayuda a comprender hasta dónde llegaba su reformismo social.⁷² Con sus experimentos en la Granja de Palencia, Cascón se había convertido en la referencia de autoridad para demostrar lo que se podía lograr con un «cultivo racional»: el aumento de los rendimientos del cereal, de la producción de estiércol, de la articulación de agricultura y ganadería conseguidos en la Granja de Palencia demostraban las ventajas de la pequeña explotación para aumentar la productividad por hectárea. «La Granja de Palencia» venía a ser el paradigma del reformismo y en la experiencia de Cascón se basaría Pascual Carrión para fundamentar la viabilidad de la reforma agraria en su capítulo XII de *Los latifundios en España*. Huguet sin embargo era menos entusiasta y esa verdad *técnica* tenía sus limitaciones de aplicación.

Aunque es cierto que Huguet del Villar se distinguía por la consideración más bien escéptica de la reforma social, sobre todo si el punto de comparación era el de la retórica de «los intelectuales ajenos a la materia» o la de los «grafómanos», reconocía que «el gran problema del aprovechamiento del suelo de España» no era «un problema de *extensión*, sino de *intensificación*»,⁷³ como llevaban décadas advirtiendo los ingenieros de montes⁷⁴. Y proponía la intervención de la ciencia, la de los ingenieros agrónomos, para corregir tal déficit:

68. Huguet del Villar (1914a), nº 19, pp. 40-41.

69. *Ibidem*, p. 41.

70. Huguet del Villar (1921), p. 214. Sobre los montes mejor conservados, los que pertenecían a la Corona y a la Nobleza, frente a los usos tradicionales de los pueblos, Jiménez Blanco (2002), pp. 161-162.

71. *Ibidem*, pp. 125-126.

72. *Ibidem*, pp. 203-208.

73. Huguet del Villar (1916), p. 203, y (1921), p. 203.

74. Los ingenieros de montes de la segunda mitad del siglo XIX se convirtieron en los mejores críticos de la deforestación o de la privatización indiscriminada de montes; la literatura es abundante; véase por ejemplo la *Revista forestal, económica y agrícola* que empieza a publicarse en 1868. Sin embargo resulta más llamativo –para demostrar cómo el *paradigma* conservacionista estaba extendido entre las promociones que salían de aquellas Escuelas de Ingenieros, no sólo de la de Montes– comprobar el modo en que los peritos agrónomos de los años 80

«Cuando el resto del suelo dé la intensidad que en cada caso determinen los ingenieros agrónomos como posible, entonces y sólo entonces será llegado el caso de preguntar qué porciones podrían cercenarse al monte para aumentar la habitabilidad del país».⁷⁵

No es el momento de plantear temas como el de la reforma agraria, que queda fuera del libro que estamos presentando y de la propia biografía intelectual de su autor; indiquemos tan sólo que las restricciones técnicas y de capital que Huguet del Villar indicaba para la generalización de los experimentos de Cascón fue afrontada por la reforma agraria de la Segunda República, pues, a través de los planes de aplicación de las fincas expropiadas, concedía el protagonismo a los técnicos para lograr la intensificación en las fincas expropiadas al tiempo que concedía capital a las comunidades de campesinos asentados. Y no era incompatible tal objetivo con el respeto al sistema forestal.⁷⁶

El autor de *El valor geográfico* tenía en cuenta el medio y el hombre pero la balanza de su análisis no estaba en el fiel y se inclinaba más hacia el primero. Por eso recogía del análisis de José Cascón las referencias técnicas de sus estudios pero eludía las sociales mostrando su escepticismo sobre la generalización de los logros de la Granja de Palencia. Cascón era, en efecto, un crítico del «cultivo de rapiña», pero igualmente del sistema latifundista,⁷⁷ y como Carande, Viñuales y otros economistas con quienes organizó la encuesta del Ateneo de 1913, daba prioridad al problema jurídico de la tierra «como condición previa para el planteamiento de toda reforma de carácter técnico (en sentido estricto)».⁷⁸ Huguet invertía los términos, le preocupaba el atraso científico y cuando se centró en la edafología planteó «supeditar a las enseñanzas de la misma [la Ciencia del Suelo] el régimen jurídico relativo al uso del factor rural».⁷⁹ *El valor geográfico* tiene mucho de libro apologético con el que se pretende contrarrestar la influencia dominante del reformismo agrario que no tenía en cuenta las restricciones del suelo o las ecológicas.⁸⁰

Está claro que Huguet no era un proyectista social sobre todo después de 1921. En plena guerra civil, cuando la cuestión agraria estaba más ideologizada que nunca y tiene que agradecer al Ministro de Instrucción Pública (Jesús Hernández) la ayuda prestada para la publicación pues la imprenta madrileña había sido bombardeada, huye de cualquier retórica y se refiere a la «abnegación en favor de la Ciencia» y afirma que «sin conocimiento de los suelos del país no hay posibilidad de política agraria consciente».⁸¹

del siglo XIX exponían en informes privados la crítica a la *agricultura de rapiña*, «puesto que jamás se devuelven al terreno los principios que extrajeron las cosechas». Así se desaconsejaba a un gran propietario su idea de ampliar la superficie cultivada: «Propietarios y colonos como si se hubiesen puesto de acuerdo y guiados por el diablo de la avaricia han empobrecido el suelo de tal manera, que han de tardar muchos lustros en convertirse aquellas fincas en buenas dehesas de pastos como antes lo fueron y que las roturaciones sin orden ni concierto han llevado al estado en que hoy se encuentran», Grupo de Investigación Historia de Salamanca (2002), pp. 162-165.

75. Huguet del Villar (1921), p. 214.

76. Robledo (1996 y 2008).

77. Cascón ([1912] 1934), pp. 581-586.

78. Robledo (2007), p. 100.

79. Huguet del Villar (1931), pp. 237-238.

80. Es posible que tal orientación explique que en la Segunda República Huguet diserte no sobre la reforma sino sobre «Desertización de España y cerealismo» (p. 5), dentro de la Semana Forestal del IACSI, inaugurada por el Marqués de Camps. *La Vanguardia*, 2 junio de 1933, p. 5.

81. Huguet del Villar (1937), pp. 10 y 396.

1.4. Huguet del Villar, un hombre de ciencia frente al colegio invisible

Huguet del Villar destacó como primera figura en geografía, geobotánica o edafología a juicio de los expertos, siendo en los dos últimos campos, sobre todo en edafología, donde consiguió el reconocimiento de los contemporáneos; por ejemplo en una obra tan importante como *El Plan Nacional de Obras Hidráulicas* Huguet del Villar será una referencia obligada. Al poco de su muerte, Perpiñá lo rescató para la economía como uno de «los autores no populares» que había dicho cosas interesantes sobre la infraestructura. Resulta llamativo que después de la recuperación de Perpiñá o de Velarde en los años 50-60 del siglo pasado, su influencia haya sido más bien escasa en la historia económica, en la del pensamiento y en la historia agraria en particular. De ahí la conveniencia de esta reedición que hace justicia al autor de este libro que se merecía algo más que una muy fragmentaria recuperación no exenta de erratas y su total olvido en la obra más importante de Historia del Pensamiento Económico de España.⁸²

En la escasa influencia que parece tuvo su obra de geografía social entre los estudiosos de la época (otra cosa es la difusión de su obra divulgadora) no cabe duda que tuvo que ver la ausencia de poder académico alguno sin el que resulta imposible desplazar la ortodoxia dominante. Pero, además, su independencia de criterio lo convertía en un pensador a contracorriente. No era aceptado por los geógrafos sin ser bien visto del todo por los naturalistas; escribía sobre el problema de España con una orientación científica muy alejada de la poesía de Machado o de la metafísica de Ortega o Unamuno; se declaraba georgista, pero excluía de la expropiación a los propietarios, se supone que rentistas, de montes de caza o de recreo; criticaba con mordacidad al Conde de Romanones pero también a los discípulos de Pablo Iglesias por no aceptar publicidad (pagada) en *El Socialista* de un libro alemán que recogía los avances de la socialdemocracia;⁸³ era germanófilo cuando lo 'progresista' era ser aliadófilo; nacido en Cataluña, nunca ejerció que yo sepa de catalán en Madrid pues el interés nacional era el de España...

El valor geográfico de España se termina de escribir concluida la Gran Guerra aun cuando siguiera estando de actualidad por la sensación de inseguridad frente al «feliz periodo de paz»⁸⁴ y que recuerda el final de la época feliz tan bien descrito por Keynes en 1919 en *Las consecuencias económicas de la paz*. Huguet del Villar, decepcionado por la derrota de Alemania, sigue pensando en «la obra civilizadora de la ciencia» sin poder ocultar su pesimismo ante la posibilidad de que las «las enormidades de papel y tiempo que hasta ahora se han venido gastando en atizar odios entre los pueblos» se pudieran emplear en adelante en obras de cultura, de trabajo y de «emancipación interior».⁸⁵

Emilio Huguet no tenía que pagar tributo a ningún colegio invisible y sólo era prisionero de esa visión positivista, decimonónica, de hombre de ciencia. De ahí su libertad, por una parte, para explorar territorios científicos sin hipotecas intelectuales; por ejemplo, en ningún

82. En la reedición parcial que hizo Velarde de los artículos de la revista *Estudio*, «parásito» se cambió por «parásito», lo que hacía ininteligible el párrafo dedicado al georgismo. En la amplísima obra dirigida por F. Quintana, *Economía y economistas españoles*, se le cita sólo una vez, pero no su obra, y de pasada.

83. Huguet del Villar (1918), p. 155.

84. Huguet del Villar (1921).

85. *Ibidem*, pp. 13 y 226.

momento, nombra a Costa o algún otro escritor de la Restauración al hablar del problema agrario; en su lugar las citas a los ingenieros agrónomos o de montes se convierten en referencias casi exclusivas. Por otra parte, seguir pensando que el sentido internacionalista de la ciencia podría superar el particularismo político o el odio entre los pueblos parece la más bella utopía en el atormentado mundo de entreguerras.

Conviene hacer una valoración final. La obra de Huguet se inserta en la corriente de pensamiento que se ha ido planteando desde hace siglos la desigualdad del desarrollo, el porqué de las diferencias entre los países. Podemos remontarnos a F. Bacon –que afirmaba que esas diferencias no provenían «del suelo, el clima ni la raza, sino de las artes»⁸⁶–, no para trazar una posible filiación de Huguet en la formulación de la teoría de los cuatro estadios, sino para mostrar el contraste con Huguet que daba preponderancia al suelo y el clima, descartaba la raza y tenía en cuenta las artes, la técnica, pero subordinadas en cierto modo al «factor geográfico». Destacar la importancia del factor físico y sus límites para el desarrollo económico español no constituía hacia 1920 ninguna novedad; Emilio Huguet no era el primero ni el principal detractor de las *Laudes Hispaniae* si se tienen en cuenta los correctivos pesimistas de *Los males de la Patria* que popularizaría L. Mallada y las aportaciones de los ingenieros agrónomos a partir de finales de siglo.⁸⁷ Tampoco resultaba novedoso llamar la atención sobre la idoneidad de las tierras inferiores para los cultivos leñosos, «el gran recurso de la economía española, tal vez su única salvación», tesis conocida en 1877,⁸⁸ y, lo que sin duda es llamativo, la crítica al juicio negativo del barbecho y, sobre todo, de los bajos rendimientos españoles sin tener en cuenta el clima o el suelo había sido expuesta por Flores de Lemus años antes en la misma revista en la que colaboraba Huguet.⁸⁹

La propia biografía intelectual de Huguet, fuera de los circuitos académicos cuando escribía *El valor geográfico* y por tanto de la dependencia o servidumbre del sistema de citas, su propia personalidad u otras circunstancias que desconozco hacen explicable este olvido u otros de Flores de Lemus, que no merman la valía de la obra.⁹⁰ Dicho esto, creo que no caeremos en el peligro de la sobrevaloración que suele acompañar la reedición de un texto olvidado si destacamos *El valor geográfico* como la obra que sigue siendo atractiva hoy por la articulación de una explicación que da peso a los factores ambientales españoles en el contexto internacional, teniendo en cuenta todos los sectores económicos y con la inclusión de variables políticas. En fin, vista la importancia de la obra que el Centre d'Estudis 'Antoni de Capmany' de Economía e Historia Económica ha tenido el acierto de reeditar y la medianía de investiga-

86. Meek (1981), p. 13.

87. Robledo (1993), pp. 81-94; Sunyer (1996), pp. 263-289; Pan Montojo (2005).

88. Sunyer (1996), p. 277.

89. «Cuando en términos generales se pretende demostrar la ignorancia de los agricultores españoles por la extensión de sus barbechos, se pone en evidencia, ciertamente, la ignorancia; pero no precisamente la de los agricultores españoles»; Flores critica igualmente a los «investigadores de cuadros comparativos», porque ni el suelo-clima ni el tipo de trigo producido son comparables con los de la Europa atlántica, para concluir de modo tajante: «De hecho, ningún país de cultivo de secano en tierra árida obtiene rendimientos superiores a los españoles», Flores de Lemus (1976), p. 434.

90. Que no se trataba de apropiarse de opiniones de otros se demuestra en su publicación de *Archivo Geográfico*, efectuada precisamente para dar cuenta de trabajos y publicaciones de otros. Mi hipótesis es que Huguet, como demuestra en ese libro de 1916, estaba trabajando sobre las cifras oficiales de la Junta Consultiva Agronómica, reelaborando la información oficial y por tanto partía de sus propios cálculos.

Otros autores comentan diversos estudios que Huguet no cita, por ejemplo, los referidos a las estepas y estudios de suelos, son mencionados por Sunyer (1996), pp. 408 y 414; Garrabou y Tello también aluden a la sorpresa de que Huguet no hiciera mención a la literatura de los agrónomos sobre alternativas de cultivo más aconsejables.

dores en geografía que recibían la atención de la Junta de Ampliación de Estudios,⁹¹ pocas dudas caben de que la universidad española, más que *Alma Mater* (la madre que alimenta) se comportó a menudo, en expresión de Horacio, como *arida nutrix* (ama o nodriza seca).⁹²

Bibliografía

- Bermúdez Cañete, A. (1956), «La decadencia económica de España en el siglo XVI. Ensayo de una interpretación», *Revista de Economía Política*, nº 15, pp. 238-256.
- Capel, H. (1981), *Filosofía y ciencia en la Geografía Contemporánea*, Barcanova, Barcelona.
- Casado de Otaola, S. (1997), *Los primeros pasos de la ecología en España*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Residencia de Estudiantes, Madrid.
- Casals, V. (1996), *Los ingenieros de montes en la España contemporánea 1848-1936*, Ed. Serbal, Barcelona.
- Cascón, J. (1934), *Agricultura Española*, Dirección General de Agricultura, Madrid.
- Claret, J. (2006), *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Crítica, Barcelona.
- Dantín Cereceda, J. (1914), «El hombre y el relieve terrestre de la Península», *Estudio*, nº 1, pp. 74-75.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, 1923, 1929.
- Estrada Miyares, M. (1981), «Notes sobre l'obra geogràfica i geobotànica d'Emili Huguet del Villar», *Butlletí de la Institució Catalana de Història Natural*, nº 46, pp. 5-18.
- Flores de Lemus, A. ([1914] 1976), «Algunos datos estadísticos sobre el estado actual de la economía española», reproducido en *Hacienda Pública Española*, nº 42-43, pp. 421-465.
- Gómez Mendoza, J. (1992), *Ciencia y política de los montes españoles (1848-1936)*, Icona, Madrid.
- Grupo de Investigación Historia de Salamanca (2002), «Naturaleza y mercado, orientaciones para una explotación agraria del siglo XIX», *Historia Agraria*, nº 28, pp. 155-176.
- Huguet del Villar, E. (1906), *Las Repúblicas Hispano-Americanas*, Manuales Soler, Barcelona.
- (1909), «La instrucción, la moral y el criterio estadístico», *La Lectura*, Madrid, nº 97, pp. 13-31, y nº 98, pp. 144-166.

91. Se conservan expedientes como el de Carmen García Arroyo, profesora de la Normal de Ciudad Real, con diversas ayudas en 1911, 1922, 1927, que en su trabajo sobre El medio geográfico y el hombre explica «la indolencia andaluza, su brillante imaginación, su inconstancia y volubilidad» como consecuencia de la influencia del clima, Archivo Junta de Ampliación de Estudios, Expte. JAE, 60-17. Algún otro trabajo que se puede consultar está muy por debajo del nivel de Huguet.

92. La expresión *arida nutrix* procede de Horacio (*Odas*, l. 22.16), referencia que debo a Carlos Fernández Corte.

-
- (1910), *América Sajona*, Manuales Gallach, Barcelona.
- (1914a), «El factor geográfico y el gran problema de España», *Estudio*, nº 16, abril, pp. 39-51, nº 17, mayo, pp. 215-245, nº 18, junio, pp. 404-421, y nº 19, julio, pp. 10-41.
- (1914b), «La población de América del siglo XVIII al XX», *Estudio*, nº 21, septiembre, pp. 415-443, y nº 22, octubre, pp. 32-56.
- (1915), «Un aspect du 'Développement économique des pays ibero-américains': Le facteur géographique», *Lecciones del VIII Curso Internacional de Expansión Comercial. Barcelona 1914*, Impr. Moderna de Guinart y Pujolar, Barcelona, pp. 105-128.
- (1916), *Archivo Geográfico de la Península Ibérica*, Tip. «La Académica», Barcelona.
- (1918), *Bases para la política exterior de España: África y el Estrecho*, Tip. «La Académica», Barcelona.
- (1919a), «El porvenir de España en Marruecos y el reparto colonial de África», *Revista Nacional de Economía*, nº 17, enero-febrero, pp. 46-68.
- (1919b), «El porvenir de las relaciones hispano-americanas. Su fundamento positivo», *Revista Nacional de Economía*, nº 18, marzo-abril, pp. 274-289.
- (1920), «La política de alianzas y el comercio exterior», *Revista Nacional de Economía*, nº 25, mayo-junio, pp. 475-486.
- (1921), *El valor geográfico de España. Ensayo de ecética. Estudio comparativo de las condiciones naturales del país para el desarrollo de la vida humana y la civilización*, Sucesores de Rivadeneyra S.A., Madrid.
- (1929), *Geobotánica*, Labor, Barcelona.
- (1931), *El suelo*, Salvat, Barcelona.
- (1937), *Los Suelos de la Península Luso-Ibérica*, Prefacio por G.W. Robinson, (edición bilingüe español-inglés), autor, Madrid.
- (1956), «El factor geográfico y el gran problema de España», *Revista de Economía Política*, nº 15, pp. 210-237.
- Jiménez Blanco, J. I. (2002), «El monte: una atalaya de la Historia», *Historia Agraria*, nº 26, pp. 141-190.
- Martí Henneberg, J. (1984), *Emilio Huguet del Villar 1871-1951, cincuenta años de lucha por la ciencia*, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona.
- Marvaud, A. ([1910] 1975), *La cuestión social en España*, Ed. Revista de Trabajo, Madrid.
- Meek, R.L. (1981), *Los orígenes de la ciencia social. El desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, Siglo XXI, Madrid.
- Naredo, J.M. (2006), *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Siglo XXI, Madrid.
- Ortega, J. ([1927] 1983), «Teoría de Andalucía y otros ensayos», *Obras Completas*, vol. VI, Alianza, Revista de Occidente, Madrid.
- Pan Montojo, J. L. (2005), *Apostolado, profesión y tecnología. Una historia de los ingenieros agrónomos en España*, B& H Editores, Madrid.
- Perpiñá, R. (1952), *De estructura económica y economía hispana*, Rialp, Madrid.

- Robledo, R. (1993), *Economistas y reformadores españoles: la cuestión agraria (1760-1935)*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- (1996), «Política y Reforma Agraria: de la Restauración a la IIª República (1869/74-1939)», en A. García Sanz; y J. Sanz Fernández (coord.), *Reformas y políticas agrarias en la Historia de España*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, pp. 247-349.
- (2004), «Discursos sobre la reforma agraria, siglos XIX-XX», *Estudis d'Història Agrària. Homenatge al Dr. Emili Giralt*, n° 17, pp. 789- 812.
- (2007), «La cuestión agraria en España: de Canalejas a Vázquez Humasqué (1920-1936)», *Àreas*, n° 26, pp. 95-114.
- (2008), «Los economistas españoles y la reforma agraria de la Segunda República», en E. Fuentes Quintana (dir.); y F. Comín (coord.), *Economía y economistas españoles en la guerra civil*, Galaxia Gutenberg y Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Barcelona, vol. II, pp. 243-276.
- Sellés, M. (2000), *El Foment del Treball Nacional 1914-1923*, Publicacions de l'Abadia de Monserat, Barcelona.
- Sunyer Martín, P. (1996), *La configuración de la Ciencia del Suelo en España (1750-1950)*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- Velarde, J. (1969), *Lecturas de Economía Española*. Selección e Introducción de J. Velarde, Gredos, Madrid.

